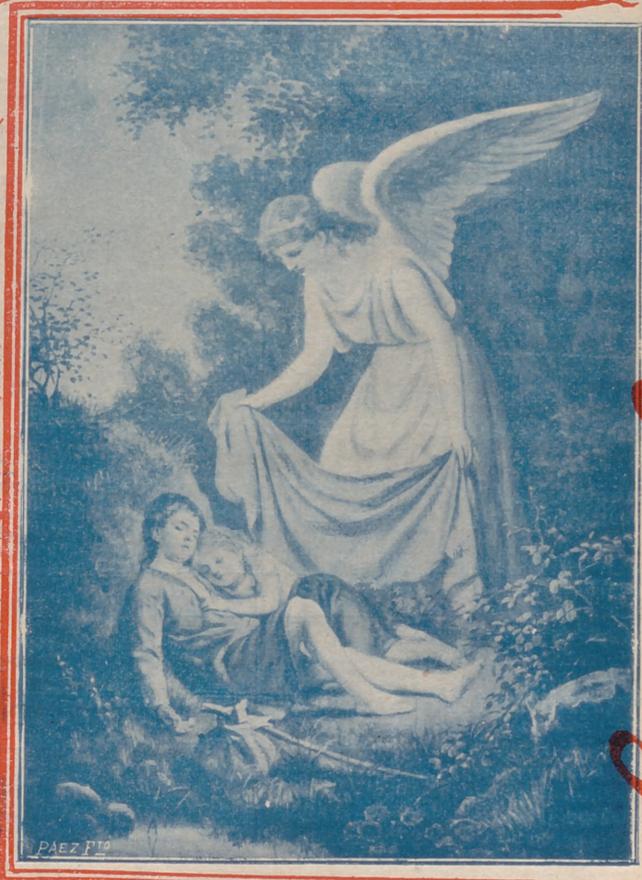




# Rosa y Azul

REVISTA PARA NIÑOS



# ROSA Y AZUL

Número corriente: 15 céntimos. REVISTA SEMANAL ILUSTRADA. Número atrasado: 25 céntimos.  
Redacción y Administración: Marqués de Santa Ana, 2.—MADRID

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

ESPAÑA: Seis meses, 3,50 pesetas; un año, 6 pesetas.

EXTRANJERO: Un año, 12 pesetas.

## VENTAJAS QUE REPORTA LA SUSCRIPCIÓN

1.<sup>a</sup> **Economía**, puesto que se obtienen por *seis pesetas* 52 números que, comprados semanalmente, cuestan **7,80 pesetas**, y además recibe el suscriptor como regalo en fin de año unas elegantes tapas y el índice para encuadernar *Rosa y Azul*.

2.<sup>a</sup> **Preferencia** en el orden de inserción de los trabajos.

3.<sup>a</sup> **El regalo** de los 120 folletines que van publicados de las divertidas *Aventuras de un pequeño filósofo*.

## BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN

D. ....  
residente en ..... provincia de .....  
calle ..... número ..... cuarto .....  
se suscribe á *Rosa y Azul* por ..... meses, y envía su im-  
porte en (1) .....  
..... de ..... de 1905.  
El suscriptor,

(1) Libranza de la Prensa, del Giro Mutuo, Sobre monedero ó metálico.

No se admiten sellos de Correos

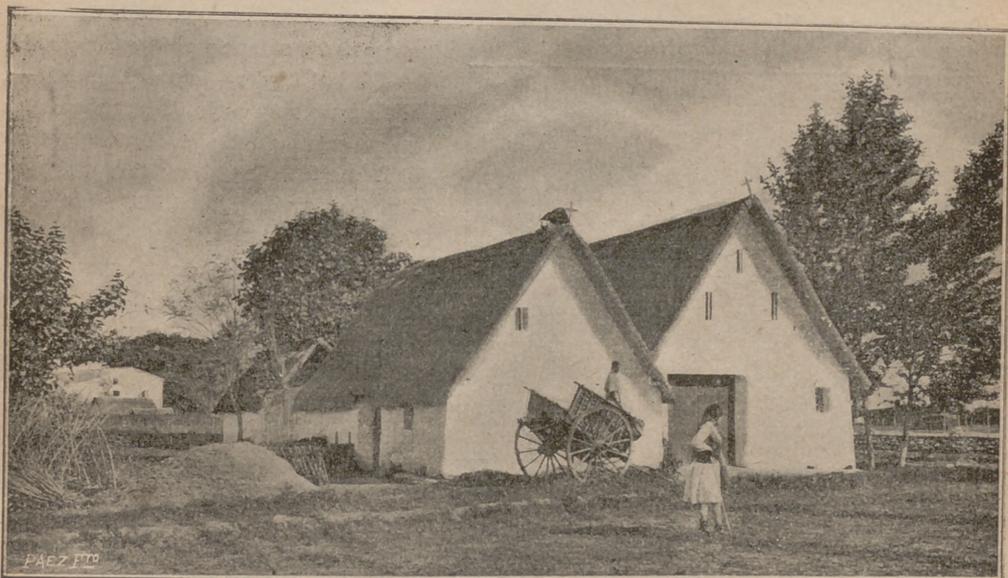
# ROSA Y AZUL

REVISTA SEMANAL  
ILUSTRADA, MORAL É INS-  
TRUCTIVA, DEDICADA Á LA  
JUVENTUD

Director propietario: Estanislao Mestre

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Marqués de Santa Ana, núm. 2, primero.

## Las barracas de Valencia.



VALENCIA, la Atenas moderna, como algunos la llaman, la que sigue en cultura á la industriosa Barcelona, tiene muchas cosas que atraen la atención del visitante y le sugestionan hasta el extremo de sentir el momento de abandonarla.

Pero entre todas no hay ninguna que tanto llegue á cautivar los sentidos como las típicas barracas de la hermosa Huerta, esa madre que, ubérrima, jamás negó el fruto de su seno á los laboriosos huertanos; por eso la aman tanto, por eso la prefieren á todo.

Las barracas valencianas tienen una arquitectura especialísima, y sin presentar á la vista ningún elemento artístico, hay en ellas un no sé qué agradable, que os in-

vita á penetrar en el limpiísimo interior, donde el agua fresca os brinda en el botijón reparador consuelo.

Las paredes de las barracas son de ladrillo, de adobes ó de barro, enjabelgadas en el exterior con tal esmero, que cuando veáis alguna mancha en ellas, ya podéis afirmar que está malo el huertano.

Las techumbres son de bálago ó de hierbas palúdicas y en el vértice todas ostentan la cruz, símbolo de la redención; porque, aun cuando os digan otra cosa, el huertano es, ante todo, católico.

Completaréis el hermoso paisaje si por acaso asoma algún huertano con sus zara güelles, su ancha faja por encima del chaleco y bajo éste la limpia camisa.

## JOYAS LITERARIAS

## CHUCHO

(CONTINUACIÓN)

DESCANSARON algunos minutos padre é hijo sobre el césped «reposando el calor», y al fin se decidió aquél á ir despojándose poco á poco de la ropa. Mientras lo hacía, tararea-



ba una canción de zarzuela de las que llegaban á sus oídos en Madrid. La alegría le rebotaba del

alma. Su hijo le miraba atentamente con sus grandes ojos negros. De vez en cuando Fresnedo levantaba los suyos hacia él, y le decía sonriendo:

—¿Qué hay, Chucho? ¿Te quieres bañar conmigo?

Chucho se contentaba con reír, como diciendo:

—¡Qué bromista es este papá! ¡Como si no supiese que armo un escándalo cada vez que intentan meterme en el agua!

Embozado en la sábana como en un jaique moruno avanzó hacia el agua.

—Mira, Chucho—dijo volviéndose—, no te muevas de ahí. Sentadito hasta que yo salga, ¿verdad?... Mira, vas á ver cómo me tiro de cabeza al agua. Mira bien. A la una... á las dos... Mira bien, Chucho... ¡A las tres!

Fresnedo lanzóse de cabeza al pozo con el placer que lo hacen los hombres llenos de vida. Al hundirse, su cuerpo robusto agitó violentamente el agua; produjo en ella una verdadera tempestad, cuyas gotas salpicaron al mismo Jesús. Este sufrió un estremecimiento y quedó atónito, maravillado, al ver prontamente salir á su padre y nadar haciendo volteretas y cabriolas en el agua.

—¡Mira, Chucho! ¡Mira!

Y nadaba hacia atrás con los pies solamente.

—Verás ahora: voy á nadar como los perros.

Nadaba chapoteando el agua con las palmas de las manos.

¡Con qué gozo recordaba el rico comerciante aquellas habilidades aprendidas en la niñez!...

Chucho estaba arrobado en éxtasis delicioso contemplándole. No perdía uno solo de sus movimientos.

—¡Chucho! ¡Chuchín! ¡Bien mío! ¿Quién té quiere?—gritaba Fresnedo embriagado por la felicidad que las caricias del agua y los

ojos inocentes de su hijo le producían. El niño guardaba silencio enteramente absorto y atento á los juegos natatoriós de su padre.

—Vamos, di, Chipilín, ¿quién te quiere?

—Papá — respondió gravemente con su voz levemente ronca sin dejar de contemplarle atentamente.

Una de las habilidades en que Fresnedo había sobresalido de niño y que mucho le enorgullecía, era la de pescar truchas á mano. Siempre que venía á Campizos se ejercitaba en esta pesca.

En este momento le acometió el deseo de proporcionar un placer á su hijo y dárselo á sí mismo.

—Verás, Chipilín, voy á sacarte una trucha... ¿Quieres?

¡Ya lo creo que quería! ¡Pues sí cabalmente Chucho sentía mayor inclinación, si cabe, á los animales acuáticos que á los terrestres!

Fresnedo hizo una larga aspiración y se sumergió, dejando á su hijo maravillado; registró los huecos de algunas piedras del fondo, y sólo pudo tocar con los dedos la cola de una trucha, sin lograr agarrarla. Como le faltase el aliento, subió á respirar.

—Chucho, no he podido cogerla; pero ya caerá.

—¿Por qué caerá, papá?—preguntó el niño, que no dejaba escapar jamás un modismo sin hacer que se lo explicasen.

—Quiero decir que ya la cogeré.

Otra vez aspiró el aire con fuerza y se lanzó al fondo. Al cabo de unos momentos salió á la superficie con una trucha en la mano, que arrojó á la orilla. Chucho dió un grito de susto y alegría al ver á sus pies al animalito, brincando y retorciéndose con furia. Quería agarrarlo cuando paraba un instante; pero, al acercar su manecita, la trucha daba un salto, y el chico, estremecido, la retiraba vivamente; intentaba nuevamente asirla lanzando chillidos alegres, y otro salto le asustaba y le ponía súbito grave. Estaba ner-

vioso; gritaba, reía, hablaba, lloraba á un mismo tiempo, mientras su padre, embelesado, nadaba suavemente contemplándole.

ARMANDO PALACIO VALDÉS.

(Se concluirá.)

## FABULAS

### EL NIÑO EN ALTO

*Trepó sobre una silla, y arrogante un chiquillo gritó: «Yo soy gigante.»*  
«Mozenelo saltarín (dijo un anciano),  
baja, serás enano.»

### EL MUCHACHO Y LA VELA

*Dijo una vez á la encendida vela un chico de la escuela:*  
«Yo quiero, como tú, lucir un día.»  
La vela respondió: «La suerte mía sólo es angustia y humo,  
brillo, sí; mas brillando me consumo.»

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

## RIMA

*Entre las grietas de la vieja torre  
polvo al pasar el huracán dejó;  
trajo el ave en su pico la semilla,  
cayó la lluvia, y cuando vino el sol,  
entre las piedras de la torre antigua  
brotó una flor.*

*Tú has sido para mí, niño inocente,  
el viento, el ave que pasó veloz,  
la gota de agua, el sol de primavera  
cuya fecunda y misteriosa acción  
entre las ruinas de mi ser engendra  
nuevo el amor.*

VICENTE QUEROL.



## LAS NIÑAS

*Quando llora la nieve postrera  
y el almendro se viste de flores  
y al preludio de la Primavera  
entreamen los nuevos amores,*

*al epilogo azul del Invierno,  
que da el oro á las muertas campiñas,  
del quimérico alcázar eterno  
van bajando almas blancas de niñas.....*



*La primera alborada de Mayo  
con su fresca canción de rocío,  
apagando la flama del rayo,  
ha inundado de aromas el frío.....*

*¡Que florezcan las niñas! ¡Ya ríe  
la sonata triunfal de la rosa!  
¡Ya en las brisas del mundo deslíe  
el perfume de su alma amorosa!*

*¡Que el placer haga carne de niñas!  
Y las almas, que alegran la calma  
del frescor de las verdes campiñas,  
á las carnes darán flor del alma.....*



*Me embriagan las niñas..... Adoro  
sus mejillas de nardo y violeta,  
y en sus bucles de seda y de oro  
doy mi beso mejor de poeta.....*

*Ellas son, sin saberlo, la Vida.....  
Florilegios de los sentimientos,*

*en sus cálices albos anida  
la bandada de los pensamientos.....*

*Unas niñas creyérame lirios;  
otras, cantos, colores y brisas.....  
y las hay que parecen martirios,  
y las hay que parecen sonrisas.....*

*Y sus frentes de perlas y espumas  
son simbólicas frentes.....; en ellas  
hay á veces sollozos y brumas,  
y otras veces suspiros y estrellas.....*

*Me embriagan las niñas..... Semejan  
florecentes abismos..... Mi anhelo  
es besar las estelas que dejan  
cuando vuelan en paz hacia el cielo*



*Me ha pedido una madre que cante  
la canción de las niñas..... ¡Quién fuera  
el cantor que á los sueños pudiera  
arrancar la canción más fragante!*

*Yo no sé la canción de las niñas.....  
Sólo sé que al bajar de lo Eterno  
ellas son en las verdes campiñas,  
el epilogo azul del Invierno.....*

*Sólo sé que son almas de rosas  
que bajaron del cielo cantando,  
que son blancas sus frentes radiosas  
y que pasan la vida soñando.....*

*Sólo sé que se mueren..... Y adoro  
sus mejillas de nardo y violeta,  
y en sus bucles de seda y de oro  
doy mi beso mejor de poeta.*

JUAN R. JIMÉNEZ.

## CURIOSIDADES

## EL EMERILLÓN DE AMÉRICA

ESTE pájaro se coloca sobre las más altas montañas, y se deja caer como el rayo sobre sus presas, que suelen ser pequeñas serpientes, ratas, lagartos, langostas y pájaros. El emerillón tiene todos los caracteres de la familia de los halcones: pico redondo, encorvado desde su base, armado á la punta de los costados de un diente agudo; el ala puntiaguda, poderosa, más larga que la cola; las cejas salientes; el ojo sombrío, hundido en una órbita salvaje.

Reside esta especie constantemente en todas las comarcas de los Estados Unidos, del Océano Atlántico y del mar Pacífico.

Las costumbres y los hábitos de estos pájaros son muy curiosos. Su vuelo es irregular; se ciernen suspendidos en el aire en un mismo sitio durante un minuto ó dos; después desaparecen de repente lanzados en otra dirección.

Este pájaro va errante por las tapias de los jardines, donde acecha los pajarillos. Las langostas le proporcionan una buena parte de su provisión; los lagartos, las lagartijas, las ratas, son para él manjares deliciosos.

Jamás come la presa que no ha matado él

mismo, y en este último caso desecha con desdén el pedazo que no le parece bastante apetitoso. Un naturalista vió un día á un emerillón coger una rata y llevarla sobre un



poste de una empalizada; examinó su presa, luego la puso á un lado y la dejó. Poco tiempo después, el mismo pájaro se echó sobre otra rata y se la llevó derecho á su nido, oculto en el tronco de una antigua encina. Curioso el naturalista de saber por qué el pájaro había desechado su primera presa, fué á observar la rata abandonada, y vió que era muy flaca y estaba llena de piojillo. El pájaro de rapiña mostróse, no sólo delicado, sino prudente; había hecho

un razonamiento muy juicioso: «Si yo llevo á mi nido este esqueleto que no vale un picotazo, lo llenaré de miseria.»

Otro naturalista cuenta las frecuentes disputas que tienen estos pájaros entre sí. Durante la estación de primavera, cuando de cada mata y de cada bosque se escapan torrentes de armonía, el emerillón, á través del concierto general, lanza su nota retumbante como el trompeta á la cabeza de un regimiento.

## JUAN Y PERICO

(Historia de un mirlo sabio)

(CONCLUSIÓN)

Y aún no habréis comprendido los tormentos del mirlo, que ya había tomado el gus-tillo al néctar, como él decía.

Pero no habría merecido el calificativo de



Saboreaba el vino...

«mirlo sabio» si en tales y tan angustiosos momentos no se hubiese ingeniado para trasegar del vaso á su garganta la tan codiciada gota de vino.

He aquí que, pensando, pensando, se le ocurrió levantar en alto la copa y dejar que el líquido se le introdujese insensiblemente; porque si él no podía ir hacia el vino, era de esperar que el vino llegara á él.

¡Y vaya si vino!

Sólo que ¡ay! aquella gota, bebida después de tantos trabajos, fué la que hizo rebosar el vaso, mejor dicho, la que, rebosando la cantidad de líquido que Perico podía contener en su buche, le produjo la borrachera más fenomenal que registra la historia.

A las primeras de cambio la copa comenzó á tambalearse, y las piernas á no poder sostener el insignificante peso del pájaro. Y el resultado fué que, habiendo comenzado á

bailar Perico, el vaso vino á caer encima de la mesa, donde poco después hincaba el pico el beodo mirlo.

En seguida la *merluza* le hizo tornarse complimentero.

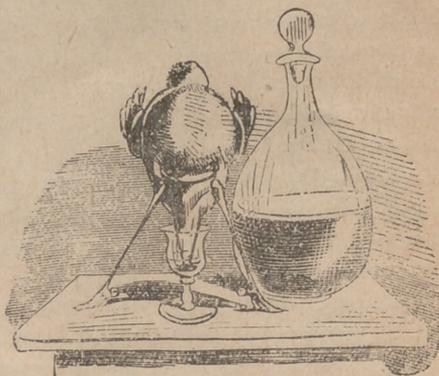
—Buenos días, abuelita. ¿Ha descansado usted? ¿Se le ha pasado ya el dolor de la nariz? Dispéñeme el picotazo. Fué sin intención de lastimarla. Además, la defensa propia es una circunstancia atenuante. ¿Qué tal, Juanín, te han dado almíbar? La abuelita tiene un tarro en... Dispense usted, señora mía; estoy bien educado y no cometeré una indiscreción.

Luego le dió por cantar:

—No sé qué pasa en mí  
que el alma se encendió;  
no hay vino para mí,  
¡já, já, já!  
Quiero reir,  
¡jí, jí, jí!

Dicen que estoy borracho  
y que no puedo tenerme en pie...

¡Já, já, já!



Tenía una figura extraña.

El final de la churrigueresca canción fué dejar caer al suelo la copa y la botella, y empezar á llorar, para que no faltase ninguno de sus caracteres típicos á la borrachera.

Estaba arrepentido de cuanto había hecho, y pedía perdón de rodillas y con las alas en

cruz. Sí; era muy malo; se había hecho acreedor á que le pegasen un tiro... pero la culpa era de Salvadorcito, el hijo de D. Lucas el médico, que le enseñó todas aquellas diabluras. No moriría á gusto si le negaban su perdón todos aquellos á quienes había ofendido.

Y lloraba á más y mejor.

## CAPÍTULO VI

La abuela de Perico, como todas sus convecinas, era muy aficionada á hacer calceta.

En cuanto terminaba las faenas de su casa sentábase á la puerta, y debajo del parral empezaba á mover las agujas. Así pasaba grandes ratos, aunque á veces ocurría que se apoderaba de ella el maldecido sueño y á lo mejor se pinchaba la nariz con una aguja.

Así sucedió que mientras Perico dormía la mona y Juan jugaba á la pelota con otros muchachos, la anciana, atareada con su calceta, no se dió cuenta de lo que «tenía en casa», y pudo el mirlo descansar tranquilamente.

Pero el sol apretaba y se hacía necesaria



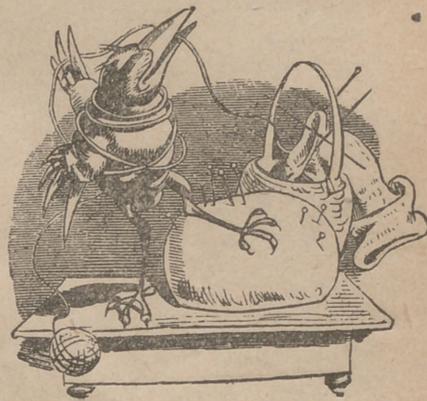
Hincó el pico en la mesa.

una siestecilla, y la abuela se dejó caer sobre su propio tronco, quedando sumida en el más delicioso de los sueños, puesto que soñaba con que había dado muerte al pajaraco con que tantos disgustos le ocasionara.

Y durmiendo estaría aún si una de aque-

llas cabezadas, que frecuentemente daba, no hubiera sido causante de cierto pinchazo, no en la nariz misma, porque la llevaba enfundada, pero sí en la funda; y enganchada la tela en la aguja, el tirón fué doloroso y alejó el sueño.

Entonces dióse cuenta la anciana de que la tarde iba vencida, y se metió hacia la co-



Comenzó á enredarse.

cina para preparar la cena. Sus pasos desesperaron á Perico, que, ya repuesto, á la chita callando fué á ocultarse en el vasar, detrás de un puchero. Desde allí vió como la anciana devanaba una madeja de lana mientras se freía el aceite.

Y aquello sugirió al mirlo una idea: puesto que tanto daño había producido en aquella casa, har'a una cosa de provecho en cuanto se le presentase ocasión. Y no tardó ésta en presentarse, pues habiendo venido una vecina, la anciana dejó sobre la mesa la almohadilla y el cesto de la labor.

Perico cogió por su cuenta el ovillo, y tira de acá, voltea por allá, aquí salta, por allí da aletadas, pronto se hizo un laberinto con el algodón. Pero como él se figuraba que aquello era trabajar, continuaba su tarea y cada vez se enredaba más, á tal extremo, que pronto se vió imposibilitado de hacer movimiento alguno.

Entonces se consideró vencido y comenzó á pedir socorro.

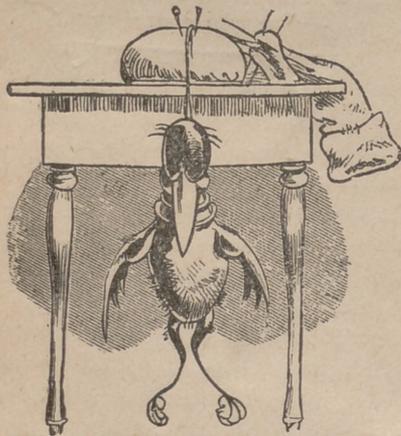
—Juanín, abuelita, socorro... abuelita, Juanín... venid á socorrerme.

Pero no le oían, y cuanto más forcejaba trabábase más. Hizo un esfuerzo supremo por librarse de aquellos lazos que le oprimian, y vino á quedar colgado por el cuello y sujeto el algodón en un alfiler prendido en la almohadilla.

Aún lanzó una última llamada en demanda de socorro. Y nada más. La asfixia se apoderó de él.

### EPÍLOGO

Cuando Juan enseñó á su abuela el cadáver del pobre Perico, la anciana, compasiva al fin como mujer, frunció las cejas, dejó



Hasta que quedó ahogado.

escapar una lígrima de sus ojos y sólo dijo estas palabras:

—¡Pobrete... pobrete!..

Luego, acompañada del muchacho, enterró al mirlo en la huerta, al pie de un viejo ciruelo. Y en seguida aprovechó el momento para dar á su nieto una lección de moral.



Juan escuchaba bostezando.

—Hijo mío—le dijo—, ese malicioso mirlo que me trajiste ha muerto al fin víctima de sus propios excesos. Puesto que ha muerto, perdonémosle. Pero te ruego que tengas presente adonde pueden llevar los resultados de una mala educación. Si Perico, en lugar de llenarse la cabeza de cosas que no podía comprender, se hubiera contentado con ser un simple mirlo y con picotear las frutas de los árboles, viviría aún felizmente.

—Sí, abuelita—dijo el muchacho tratando de contener un bostezo.

—Pues no lo olvides—añadió la anciana satisfecha y dando un tirón de orejas al niño.

Y desde aquel día los honrados aldeanos volvieron á su vida tranquila sin volverse á acordar de Perico.

M. VENET.



fragata ni siquiera se podrá mover hasta el lunes por la mañana; y como las obras no empezarán hasta entonces, creo que puede darme la licencia que le pido.

—Mi opinión es diferente, caballero.

—Me permitirá usted discutir ese punto.

—No, señor; no me gusta discutir; pase usted al otro lado de la cubierta.

—Ciertamente.

La primera idea de Juan fué bajar á tierra sin licencia; pero Gascoigne le disuadió de esto diciéndole que desagradaría al capitán y que Sir Thomas, el gobernador, no le recibiría. Juan convino en ello, y después de un discurso sobre los derechos del hombre, la tiranía, la opresión, etc., etc., se dirigió al castillo de proa adonde encontró á Mesty que le preguntó en voz baja:

—¿Por qué es usted marino Sr. Franco?

—Ciertamente; ¿por qué he de estar encerrado aquí al capricho de otro? Soy un necio; Mesty tienes razón; mañana mismo pido mi licencia absoluta.

Bajó á la cámara de los guardias marinas y dijo á Gascoigne lo que había determinado.

—No hará usted cosa semejante. Le aseguro que tendrá licencia dentro de un día ó dos. Pottyfar está incomodado con el capellán y no tenía humor de hacer favores. El capitán estará á bordo mañana á las nueve.

Juan hizo su primera guardia; á las doce volvió á su cámara con la resolución de dejar el servicio regalando á S. M. sus tres años de servicio, hecho voluntariamente, gratis, excepto la comida. Al día siguiente Wilson llegó á bordo; se reunió la tripulación y se leyó el oficio divino por el capellán. Juan iba á dirigirse al capitán cuando éste le llamó y le dijo:

—Sr. Franco, el gobernador me ha pedido que le lleve á comer esta tarde y me

ha dicho que tiene una cama al servicio de usted.

Juan se echó mano al sombrero y corrió á la cámara para hacer sus preparativos. mientras, Mesty, que se había encargado de sus maletas y equipaje, ponía lo necesario en un bote; casi había resuelto ya que S. M. no se vería privado de los servicios de tan digno oficial. Volvió sobre cubierta, pero todavía no estaba Wilson dispuesto á marchar; se dirigió entonces al teniente Pottyfar y le dijo que el capitán le había mandado bajar á tierra con él.

—Muy bien, Sr. Franco, deseo que se divierta usted mucho—díjole Pottyfar.

—Esto es muy diferente que ayer—pensó Juan—. ¿No sería bueno probar su medicina?

Y agregó:

—No me encuentro muy bien, Sr. Pottyfar, y las píldoras que me da el médico no me convienen. Siempre estoy mal si no tomo el aire y hago ejercicio.

—En efecto, el aire y el ejercicio son necesarios para la salud. No sé que tales serán los remedios del doctor, pero lo único que entiendo que vale algo, es la medicina universal.

—Hace mucho tiempo que deseo probarla. Un día he leído ese folleto y he visto que dice que si se toma esa medicina unos quince días al mismo tiempo que se dan grandes paseos y se hace ejercicio, produce maravillas.

—Es ciertísimo; si usted desea probarla yo la tengo aquí en abundancia. ¿Quiere usted que le dé una dosis?

—Si me hace el favor la admitiré con mucho gusto, y dígame usted en qué cantidad la debo tomar, porque me duele mucho la cabeza todo el día.

Pottyfar bajó á su cámara con Juan y le puso en la mano tres ó cuatro botellas

de la preparación, diciéndole que debía tomar treinta gotas por la noche cuando se metiese en la cama, no beber más que dos vasos de vino al día y evitar el calor y el sol.

—Pero temo que no podré tomar mucho tiempo esa medicina, porque como se van á reparar las averías del buque, estaré expuesto al sol todo el día.

—En efecto, lo estaría usted si fuese necesario; pero aquí tenemos gente de sobra y estando usted delicado no hay que nombrarle para el servicio. Cuídese usted y espero que encontrará esta medicina maravillosamente eficaz.

—Esta noche empezaré á tomarla, y le doy á usted muchísimas gracias. Duermo en casa del gobernador: ¿desea usted que vuelva á bordo mañana por la mañana?

—No, no, cuídese usted, cuídese usted, yo tendré mucho gusto en saber que va usted mejor, envíemelo usted á decir.

—Así lo haré; todos los días le enviaré á usted noticias de mi salud por medio del bote. Muchas gracias, Sr. Pottyfar. Gascoigne y yo pensábamos pedir á usted la medicina; pero el pobre Gascoigne no se ha atrevido, tiene un violento dolor de cabeza, casi peor que el mío, y las píldoras del doctor no le hacen efecto.

—Yo le daré otras botellas de mi medicina; en efecto, me pareció que estaba ayer bastante pálido. Hoy le veré y le curaremos. Recuerde usted lo que le he dicho: ejercicio moderado y evitar el sol en la fuerza del día.

—Sí, señor; no lo olvidaré.

Con esto se despidió; mandó á Mesty que pusiera todo su equipaje, en vez de la maletilla que había puesto en el bote, y diciendo á Gascoigne lo que había adelantado en su favor, pasó á tierra con el capitán y fué cordialmente recibido por el gobernador.

## CAPÍTULO XXIV

EL CAPITÁN WILSON ES PAGADO CON INTERÉS POR HABER PRESTADO SU NOMBRE Á JUAN, Y SE PRUEBA QUE UN BUEN NOMBRE ES TAN BUENO COMO UNA HERENCIA.

—Y bien, Juan, hijo mío, ¿me trae usted algunas historias que contar? — preguntó el gobernador.

—Sí, señor; tengo una ó dos bastante buenas.

—Muy bien, las oíremos después de comer. Diga usted que le enseñen su cuarto y tome posesión de él.

—No será por mucho tiempo — observó el capitán — porque el Sr. Franco tiene que estudiar bastante para ser un buen oficial y ahora tenemos tiempo para ello.

—Debo observar — dijo Juan —, que estoy dado de baja por enfermo.

—¿Por enfermo? — interrogó Wilson —. No estaba usted en el parte que el médico me dió esta mañana.

—No, señor; estoy en la lista del señor Pottyfar; me estoy curando por su medicina universal.

—¿Qué es eso, Juan — dijo el gobernador —. Aquí hay una historia de las de usted.

—Sr. Franco — dijo el capitán —, si Pottyfar le da á usted permiso yo no puedo hacerlo, porque tiene usted que aprender sus deberes.

Los convidados se sentaron á la mesa. El gobernador invitó á Juan á referir historias, y éste contó lo que había sucedido en el transporte *María Ana*.

—Usted evitó á Gascoigne hacer una tontería, y se portó muy bien.

—No, señor — contestó Juan —, reservaba mis historias para la mesa del gobernador, donde estaba seguro que había de

encontrar á usted, y así no tendría que referirlas más que una vez.

Todavía tenían que permanecer en el puerto siete semanas más: era necesario poner nueva arboladura al buque. Un día el capitán Wilson abrió una carta que había recibido á la hora de almorzar, y habiéndola leído la dejó caer, pintándose en su semblante una gran sorpresa.

—¿Qué significa esto?—dijo.

—¿De qué se trata, Wilson?—preguntó el gobernador.

—Oiga usted lo que me dice esta carta.

Y leyó lo siguiente:

«Excmo. Sr.:

»Debo noticiar á usted que la Excelentísima Señora Doña Elvira de Guzmán, que acaba de morir, ha legado á usted en su testamento la suma de mil doblones en oro como testimonio de gratitud por los servicios que usted le prestó en la noche del 12 de Agosto. Si usted autoriza alguna persona de esta plaza para recibir el dinero, será pagada inmediatamente, ó bien le será á usted remitido al punto que se sirva designar.

»Queda á las órdenes de usted s. a. s. Alonso Pérez.»

Juan al oír leer esta carta se levantó de la mesa sin ruido, silbando por lo bajo como si no pusiera atención á lo que se leía, y salió de la estancia sin que el capitán ni el gobernador lo observasen.

Hacia mucho tiempo que deseaba referir al gobernador las aventuras del baile de máscaras; pero lo había detenido hasta que pudiera estar cierto de que no tendría consecuencias desagradables el haber dado el nombre del capitán en vez del suyo. Al oír leer la carta comprendió que los que habían hecho la investigación para saber su nombre eran los dependientes de la anciana señora, y no los que habían estado en la alcoba del moribun-

do, y se convenció de que dando el nombre del capitán, había obtenido para él un buen legado. Se puso, pues, contentísimo y salió del comedor para reflexionar un poco.

—¿Qué significa esto?—repitió el capitán Wilson—. Yo no he prestado ningún servicio ni el 12 de Agosto ni después. Aquí debe de haber alguna equivocación: recuerdo sólo que el 12 de Agosto hubo un gran baile de máscaras en Mahón.

—Muy afortunado para usted de todos modos; porque, equivocación ó no, nadie sino usted puede tomar esa suma.

—En él estuve, pero me retiré muy temprano, porque no me encontraba muy bien. Sr. Franco—añadió volviéndose hacia donde Juan había estado.

—¿Estuvo en el baile?—preguntó el gobernador.

—Sí, sé que asistió, porque el primero me dijo que le había pedido licencia para no volver á bordo hasta el siguiente día.

—No tiene duda—dijo el gobernador dando una puñada sobre la mesa—. Juan debe saber lo que hay en ese negocio.

—No me sorprendería.

—Déjemele usted á mí, Wilson, yo sabré lo que ha pasado.

Sir Thomas no tuvo ocasión de sondearle, porque Juan había resuelto contárselo todo. El gobernador se tendía de risa al oír la descripción, y especialmente la idea de haber dado el nombre del capitán en vez del suyo.

—Pero ahora ¿qué hacemos?

Juan se puso grave. Dijo al gobernador que tenía dinero abundante y debía heredar un gran caudal, mientras que el capitán Wilson era pobre y tenía mucha familia.

—Muy bien, hijo mío, muy bien; procede usted perfectamente, pero es preciso pensar en la manera de llevar á cabo

nuestro propósito, porque Wilson es la delicadeza misma, y no aceptaría si supiera lo que ha sucedido. ¿No se lo ha dicho usted á nadie?

—Solamente á usted.

—Es preciso no decírselo todo, porque entonces insistiría en que la herencia le pertenece á usted y no á él.

—Ya he dado con el medio — contestó Juan—. Cuando me presenté en el baile de máscaras ofrecí mi mano á una señora anciana, cubierta de diamantes, que salía de un carruaje, y la señora se asustó tanto al ver mi traje de diablo, que hubiera caído á no haber llegado el capitán Wilson que la sostuvo. Entonces aquella señora le dió muchas gracias y yo me retiré.

—Tiene usted razón, Juan. Le diremos que era usted el disfrazado de diablo y le contaremos la otra historia del moribundo, pero nada más.

El capitán Wilson volvió al medio día.

—He tenido una conferencia con el joven Franco—dijo el gobernador—, y me ha referido una historia acerca de la noche del baile de máscaras, historia que no ha querido decir á nadie.

Y contó las ocurrencias relativas al testamento.

—Esa historia, no nos da la clave del legado.

—No, no la da, pero Juan aquella noche estaba disfrazado de diablo. Con este disfraz asustó á una señora anciana; usted la tomó en sus brazos salvándola de caer, y de aquí la herencia.

—Recuerdo ahora que impedí que una señora cayera á la vista de un hombre disfrazado de diablo.

—Eso lo explica todo.

—¡Mil doblones por sostener á una anciana!

—Sí, ¿por qué no? ¿No ha oído usted

hablar de un hombre á quien le dejaron un gran caudal solamente por abrir la puerta de la tribuna de una iglesia á un caballero anciano?

—Sí, pero eso es tan extraño...

—No hay nada extraño en este mundo. Esa señora era inmensamente rica, vió á usted de gran uniforme y preguntó su nombre; una caída en su edad hubiera producido fatales consecuencias, usted la salvó y ella le ha recompensado generosamente.

—Bien; como no puedo dar otra explicación, tengo que admitir que la de usted es la exacta, pero es una fortuna tomar mil doblones por solo un acto de cortesía.

## CAPÍTULO XXV

EN EL CUAL TODOS QUEDAN SATISFECHOS  
MENOS EL LECTOR

Pocos días después, y cuando Wilson ya estaba en posesión de los mil doblones, el correo trajo una carta para Juan. Era de su padre, y á vueltas de filosofías igualitarias, derechos y otras zarandajas, decíale que, tanto él como su madre, esperaban que dejase la marina y se fuera á su lado. Estaban igualmente achacosos. En aquel hogar faltaban sus alegres travesuras, sus juveniles risas.

La carta cayó en la tripulación como una bomba; porque desde el capitán hasta el último grumete todos profesaban sincero cariño al pequeño filósofo.

Pero á quienes más honda sensación produjo fué Gascoigne y á Mesty. Habían corrido juntos tantas aventuras que les causaba profundo dolor la separación.

A Mesty se le caían unos lagrimones como puños, que al resbalar por sus broncíneas mejillas semejabán perlas; á Gascoigne se le podía ahogar con un cabello.

## CRONIQUELLA

CADA individuo entiende á su modo el amor paternal. Quien no lo comprende sino es llevando su autoridad á extremos exagerados de rigor, y no consiente que sus hijos se desvíen un ápice de la línea perpendicular, cuando están sentados á la mesa.

—Niño, estás echado dos milímetros hacia la izquierda y eso es impropio de los Lenguafuera — dice uno de estos tiranos del hogar.

—Papá— replica el niño humildemente— es que tengo un grano en... y no puedo sentarme bien.

—No me repliques, Eufrosino, no me repliques. No puedo consentir esa falta de respeto á mi autoridad de padre, *si que* también cabeza de familia.

—Papá, si es que...

—¡Basta! He dicho que no admito réplicas. ¿Cómo nos juzgarían los señores de Bigotera si te vieses en esa posición? Si no puedes estar sentado, te acuestas; pero de ninguna manera tolero que faltes á la compostura debida á tus padres, *si que* también mentores tuyos.

Y Eufrosino se ve precisado á meterse en la cama á fin de evitar una congestión á su padre.

Producto de esta educación rigorista son esos niños que semejan autómatas y á los cuales muy gráficamente se les llama viejos prematuros.

Pasan de la infancia á la pubertad sin haber sido niños, sin experimentar esos goces infantiles, esas travesuras, que, siendo verdaderas nimiedades, hacen nuestras delicias.

Como los españoles somos poco aficionados al término medio y pasamos fácilmente de un extremo á otro, también hay padres que por nada del mundo contrarían á sus hijos.

El jueves vino á mi casa Nemesín para in-

vitarme á pasar la tarde en la suya. Con el permiso de mis padres me fuí con él. Y, ¡santo cielo!, cómo encontré la casa. Aquello semejaba más que habitación la antesala de una prendería. Aquí, los libros del colegio, unos encima de las sillas y por el suelo otros; allí el delantal que usamos en clase; los juguetes desparramados por todas partes... No se veía un mueble donde no hubiese algún objeto de la pertenencia de Nemesín.

Como yo me quedase un tanto sorprendido, la mamá de mi amiguito me indicó:

—Nemesín es un poco desordenado; pero ¿qué quieres?, no podemos llevarle la contraria en nada, porque desde que tuvo el garrotillo, en cuanto se le contradice se irrita y le entra una tos que el pobrecito mío parece un cornetín con sordina.

En seguida vino don Porfirio, el padre, y Nemesín le dijo que jugase con nosotros á los soldados. El buen señor se prestó gustoso.

—Papá—dijo Nemesín—, yo seré el coronel, tú el caballo, *Bebé* mi cornetín de órdenes y mamá y la criada los rancheros.

Creí que aquellos padres no llevarían su condescendencia hasta tal extremo; pero ¡vaya si la llevaron! Más de una hora estuvimos recorriendo la casa á galope, porque el caballo, como decía Nemesín, era muy fogoso; y aunque ya mi garganta no podía con tantos toques, soplaba, soplaba siempre por temor á que le acometiese á Nemesín aquella tos de que me hablara su mamá y que le hacía parecer un cornetín con sordina.

El muchacho tuvo mil caprichos á cual más extravagantes y todos le fueron satisfechos; pero yo pasé una tarde aburrida; me molestaba aquello.

Cuando llegué á mi casa besé y abracé á mis padres más fuerte que nunca, porque tal vez me ciegue la pasión, pero yo creo que han sabido colocarse en el justo medio.

## TRAVESURA INFANTIL (Historieta muda)



## LA OPINIÓN PÚBLICA

(CUENTO)

A la calle salió Juan  
buscando una roperia,  
porque cierta pulmonia  
le gritó: ¡Tumba ó gabán!

—Fácilmente me compongo  
(decía al ir á la tienda)...  
e ¡cuanto vea la prenda,  
pido, pruebo, pago y pongo—.

Pero brotó en lo profundo  
de su cráneo, casi huero,  
una idea, y dijo: —Quiero  
consultar con todo el mundo—.

Halló á su amigo Ramón  
que razonando el consejo,  
dice: —Chico, en tu pellejo,  
yo me compraba un bastón—.

A pocos pasos de allí  
oyó: —¡Compre usted un botijol!—  
Luego otro amigo le dijo:  
—¡Cómprame botas á mí!—

Quien le propuso un tintero,  
quien le aconsejó un armario;  
uno dijo: —Diccionario—;  
otro: —Un perro rañero—...

La opinión pública, en fin,  
tanto influyó sobre Juan,  
que en vez de comprar gabán  
¡fué y se compró un violín!

Y exclamaba, muy tristón,  
tiritando en el invierno:  
—¿La opinión pública? ¡Cuerno  
con la pública opinión!

LEOPOLDO CANO

## GAZAPOS

UN labrador salió un día acompañado de su pequeño hijo, á visitar sus campos.

—Mira papá, (le dijo el niño) como algunas espigas tienen la cabeza derecha y alta; estas aparentemente son las mejores: estas otras que se inclinan hasta tierra, están muy lejos de tener el valor que las otras.

—El padre cojió algunas espigas (y dijo), mira hijo mio, esta espiga que se inclina con tanta modestia es por su peso, está llena de hermosos granos; esta otra al contrario no tiene nada (I).

ELADIO GONZÁLEZ Y ALONSO.

Luarca 13 de Marzo de 1905.

(I) Ahí está el valiente Eladio González inaugurando esta Sección, á la cual parecía no haber quien hincase el diente.

## NUESTRO TEATRO

# EL DESHOLLINADOR

Pieza cómica en un acto, original de MARÍA THIERY.

### PERSONAJES

LILY, seis años, hija de

DON JACINTO, cincuenta años.

PEPILLO, deshollinador, once años.



JUAN, ayuda de cámara, quince años.

RAFAELA, doncella, catorce años.

*La escena en el salón de la casa de Don Jacinto. Puertas al foro y en primer término izquierda. A la derecha, en primer término, balcón, junto á éste un teléfono y un secreter. En el centro una mesa con periódicos.*

### ESCENA PRIMERA

JUAN, *después* RAFAELA

JUAN. (*Limpiando los muebles con un plumero. Al llegar junto á la mesa se pone el plumero debajo del brazo y se fija en un periódico ilustrado. Suena el timbre. Juan, sin hacer caso, examina los grabados.*) ¡Qué bonitos dibujos! (*Suena otra vez el timbre.*) ¡Demonio de timbre! No puede estar un momento callado. ¡Qué bueno sería Don Jacinto si no tocase tanto el timbre.

RAFAELA. (*Entra por la izquierda.*) ¿No oyes que llama el señor?

JUAN. (*Sin dejar el periódico.*) Chica, hace unos días que estoy algo sordo.

RAFAELA. Entonces, ¿cómo me has oído á mí?

JUAN. (*Sentándose.*) Ven acá, Rafaela, verás el periódico de la señorita, Rosa y AZUL. Tiene cosas muy lindas. ¡Mira, mira que historieta tan graciosa! Dice que es para los niños, pero á mí me gusta mucho leerle. (*Suena el timbre durante un buen rato.*) ¡Pues y esta sección de curiosidades!...

RAFAELA. ¡Pero, hombre, deja ya el periódico y acude al llamamiento!

JUAN. Acude tú, ya que no estás haciendo nada, y dile al señor que estoy muy ocupado.

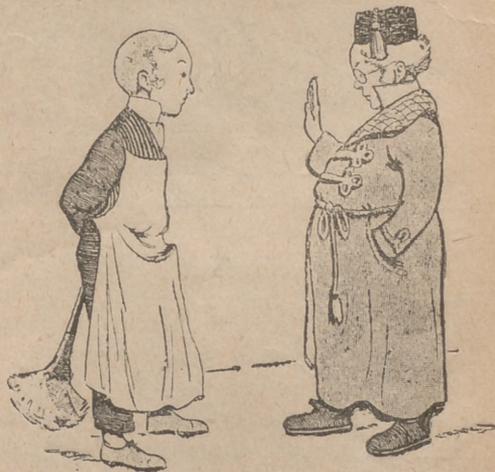
RAFAELA. ¡Qué bonito! ¿Piensas, acaso,

que yo voy á hacer tu servicio para que te recrees con los periódicos? ¡Pues te equivocas, sí, señor, te equivocas! (*Vase incomodada.*)

### ESCENA II

JUAN y DON JACINTO, *que entra por el foro, en traje de casa y con un lado de la cara afeitado y el otro lleno de jabón.*

JUAN. (*Oye abrir la puerta sin moverse.*) Rafaela, ¿qué deseaba el señor?



DON JACINTO. (*Amenazándole con el suavizador que trae en la mano.*) ¡Ponerle á us-

ted en la calle de un puntapié, señor holgazán!

JUAN. *(Se levanta rápidamente y oculta el periódico.)* ¿Llamaba el señor? *(Al fijarse en la cara de Don Jacinto, suelta la risa.)*

DON JACINTO. ¡Habrás desvergonzado! ¿De qué se ríe usted? *(Juan sigue riendo sin poderse contener.)* ¡Hable usted pronto! ¿De qué se ríe?



JUAN. Señor... de... *(Nueva risa.)* Como viene usted con un carrillo afeitado y el otro no....

DON JACINTO. No puedo consentir que se ría usted en mis propias barbas, ni menos que se esté aquí sentado mientras yo le estoy llamando sin cesar. ¿Qué hacía usted?

JUAN. Ya lo ha visto Rafaela: arreglando el salón. Puede usted creerme... No le oí llamar... Estará ronco el timbre... Y como yo hace unos días que ando mal de los oídos... Todo estaba por medio y lleno de polvo... La señorita Lily todo lo revuelve... *(Al oír el*

*nombre de la niña Don Jacinto desarruga el ceño.)* No me hace caso...

DON JACINTO. Ya sabes que no me gusta que la contrariéis en nada. Es mi única hija y quiero darle todos los gustos. ¿Adónde anda ese diablillo?

JUAN. Corriendo con el caballo por el despacho. Parece una amazona y no teme que el caballo se desboque.

DON JACINTO. No; vengo de allí y no está. Me hallaba en el cuarto tocador, afeitándome; de pronto me acordé que ayer dejé encima de la mesa un título del Interior, de 20.000 pesetas. Sin terminar la operación *(Se limpia con un pañuelo la parte enjabonada de la cara.)* corrí al despacho *(Con voz angustiada.)*... ¡El título no estaba allí! Y yo tengo la certeza de que le dejé encima de la mesa. Te llamaba para preguntarte si por casualidad le has cogido.

JUAN. Señor, yo no le he visto. Puede usted creerme.

DON JACINTO. Recuerda bien. Es un papel fuerte, con muchos cupones. Le dejé encima de la mesa y no me acordé de guardarle. Haz memoria, Juan, á ver si distraído le cogiste cuando limpiaste el despacho.

JUAN. *(Muy apurado.)* ¡Oh, Dios mio!... ¡El señor me acusa de ladrón!... ¡Dios mio, Dios mio!... ¡Tan honrados como somos los de Miguelturra!...

DON JACINTO. Vamos, Juan, no digas tonterías. Ni yo te acuso de ladrón, ni sospecho que ninguno de la casa haya cogido el título. Tengo sobradas pruebas de tu honradez y por eso te aguanto ciertos defectos y soporto tus chiquilladas con paciencia de santo; de santo, sí, señor, eso es. Repito que no te acuso á ti ni á nadie de la casa. Trato solamente de averiguar adónde puede haberse metido el título. Anda, tráeme á Lily y á Rafaela.

JUAN. Corriendo, señor. *(Vase por la izquierda.)*  
*(Se continuará.)*



## BEBAI

ENTRE todos los astrólogos de Efeso, ciudad de la Sidia en el Asia Menor, en la costa del mar Egeo y á la desembocadura del Caystro, río que lleva ahora el nombre de Tiena, sobresalía por sus dotes intelectuales y morales Bebai, joven de veinticinco años y descendiente de los cautivos de Babilonia.

De ayudante de Zem-Tomer-Thom se aficionó de tal modo al estudio de los astros, que llegó á tener fama grande por todo el Asia Menor.

Las observaciones eran entregadas para su certera solución, y ellos, los astrólogos, lo anunciaban á Diana, y eran colocadas en el famoso templo (1). Bebai llegó á tener, como dijimos, veinticinco años, y era el astrólogo más renombrado, porque sus cálculos y observaciones no dejaron una vez de realizarse.

Cierta día le llamó el juez de Efeso, y le dijo:

—Bebai, sé que eres el astrólogo mejor del Asia, y quiero, para probar si es verdad, me averigües si será cierto que el astro que todos dicen, caerá sobre nosotros dentro de dos meses.

—Señor...

(1) Véase en el número 37 *El templo de Diana en Efeso*.

—Nada; á la puesta del sol termina el plazo para que me contestes.

—Señor, ¿nada más?

—La pena de muerte si no me contestas cumpliendo mi encargo á la puesta del sol.

Bebai salió del palacio, y cabizbajo marchó al templo de Diana, donde oró largo rato y ofreció el sacrificio de su hijo porque dijeran sus aparatos la verdad. A poco salió del templo y se fué á preparar sus observaciones.

Arregló sus aparatos, observó y todos ellos le decían que no. Hizo cálculos y operaciones, y aquello no era cierto. Corrió, pues, en busca del juez, y le dijo:

—Señor, la caída de ese astro sobre nosotros es tan falsa, como si dijeran que Diana no es nuestra diosa.

El juez frunció el ceño, y le contestó:

—Esperemos dos meses; si es verdad, eres libre; si no, morirás.

## EN LA ESTACIÓN



—¿Puede usted decirme adónde me sienta?

—Junto á esa señora.

—¡Oh, no! Primero hago á pie el viaje.

Bebai no estaba tranquilo ni dejaba de observar. Por fin transcurrieron cincuenta y nueve días sin notar nada anormal. Dos días antes de cumplir el plazo, corrió la voz de que Alejandro traía sus conquistas por la Sidia y se hallaba en Mysia.

El Juez llamó á Bebai y le dijo:

—¿No decías que no ocurría ni ocurriría nada anormal ni de particular?

—En los astros, no—replicó Bebai.

—Se te preguntó—agregó el juez—de un choque de la tierra con ellos, y dentro de dos días chocará el astro de la conquista ó los conquistadores con nosotros, y nos aniquilarán; así, pues, vas á sufrir el castigo.

—Señor—dijo entonces Bebai—, yo he dicho ó anunciado la verdad; los astros del firmamento no chocarán; pero si los astros de la tierra chocan, yo no soy quién para saberlo; eso vos y vuestros ejércitos.

El juez escondió la cara entre sus manos, y replicó:

—Me has dado una lección, joven Bebai, que de nadie hubiese admitido; pero llevas razón: el castigo debe de ser para mí.

En aquel instante, y comprendiendo que Alejandro lo haría prisionero y destruiría la ciudad si oponía resistencia, abrió una ventana del castillo y se arrojó al foso.

El día que cumplió el plazo entró Alejandro en Efeso y la tomó, al par que los soldados recogían el cadáver del juez, que flotaba en las turbias aguas del foso, alrededor de la muralla.

LEANDRO GONZÁLEZ FRANCÉS.

### Á la niña Elisa Fernández.

Si nuevamente Dios creara el cielo poblado de querubes y de estrellas, no hay duda elegiría entre las bellas tu encantadora faz como modelo.

Y si falta algún ángel en la altura que raye en lo sublime su belleza, está seguro de que Su grandeza te elevaría á ti por tu hermosura.

JULIÁN DE BENITO.



¡Qué vinillo tan rico!  
Se comprende la turca de *Perico*.

## POESÍA

(Dedicada al niño Federico del Carmen)

Tú, Federico, que á vivir empiezas,  
que del mundo el dolor aún desconoces,  
que entre infantiles goces  
tan sólo con las flores te tropiezas;  
que ves las cosas de ilusiones lleno,  
que en tu mente, la idea de grandeza  
se halla del goce en pleno  
y esperas poseerla con largueza.

Que atento sólo al hoy, no hay una pena  
que embargue tu alegría;  
que es tu existencia plácida y serena.  
Tú eres la poesía.

Decir parece ocioso  
que inocencia y virtud en tí se encierra,  
y esto es todo un poema, el más hermoso,  
que cantan los querubes de la tierra.

Tus padres se recrean  
en que, obediente, su consejo escuchas,  
y de comodidades te rodean;  
y aun cuando son sus privaciones muchas,  
no omiten sacrificio,  
con tal de hacerte un hombre de provecho  
y darte una carrera por oficio.  
Haz que quede su orgullo satisfecho.

Que obediencia, cariño,  
juventud, inocencia y alegría,  
hacen al hombre parecer un niño,  
y esto es, á mi entender, la poesía.

SATURNINO BLANCO.



## EL UNDÉCIMO

Hemos recibido 1.846 soluciones: de ellas, sólo 1.208 exactas, las cuales han sido sometidas á un sorteo, resultando premiada la que suscribe la niña AURORITA RUIZ Y MACHIMBARRENA, habitante en Sestao, hotel.

A la niña agraciada ó á la persona que nos presente autorización para ello, haremos entrega de la cámara fotográfica.

La solución exacta era:

Miguel Mela, con cautela,  
su mala mula inmoló;  
y dijo uno que esto vió:  
—Mala mula inmola Mela.

La fuga está tomada del libro de Vital Aza, *Todo en broma*.

## EL JILGUERO

*Cuando el Mártir Soberano  
en el Gólgota espiraba,  
sintió que una cosa andaba  
por la palma de su mano;  
y á un pájaro, en su agonía,  
vió que, en vez de abandonarle,  
un duro clavo sacarle  
con el pico pretendía.*

*Sangre le cubre, y no cesa,  
y vuelve con más ardor;  
que salvar al Salvador  
es su temeraria empresa.*

*Y entre el ansia que le abruma,  
dijo Dios: «Por tus bondades,  
contemplan las edades  
manchas de sangre en tu pluma.»*



*Del jilguero no te asombre  
roja mirar la cabeza,  
que es signo de su entereza  
para salvar al Dios-hombre.*

MELCHOR DE PALAU.

## LA HIJA DEL USURERO

POR

ESTANISLAO MAESTRE

Se ha puesto á la venta esta novela que forma un elegante tomo en 8.º francés, con ilustraciones y el retrato del autor en la portada.

Precio: 2 ptas. en Madrid y 2,25, certificada, en provincias.

Esta Administración se encarga de servir los pedidos que vengan acompañados de su importe.

## CORRESPONDENCIA

Arturo Aguirre.—San Sebastián.—Su cuento está bien en parte y en parte incorrecto; le corregiré y será publicado.

Rafael Barrio.—Cuevas.—Entra en turno.

María y Rosario Alvarez.—Veré de complacerlas. Gracias por los piropos.

Srta. Delia Rodríguez.—Madrid.—Muy bien la solución que envía.

Ramón Portillo.—Idem.—Sea bien venido á esta casa el hijo pródigo, en honor del cual sacrificaremos el mejor cordero. La poesía, ¿es completamente original de usted?

Leandro González Francés.—Córdoba.—Cumpliré su encargo.

C. Hartley.—Madrid.—Admitidos.

Francisco Recalde.—Pamplona.—Gracias por su buena opinión; aún estarán mejor.

José Mérida.—Idem.—Por excepción puede hacerlo por tres meses. Los pasatiempos, admitidos.

Edmundo y José Menéndez.—Pravia.—Tendré mucho gusto en complacerles.

Mariano Albarrán.—Palencia.—También quisiéramos nosotros que fueran, pero BEBÉ es muy novillero.

Clemente Alvarez.—(¿?)—Se publicarán los pasatiempos.

E. Valencia y M. Partal.—La Línea.—Los pasatiempos, sirven; las soluciones están bien; pero la poesía, siendo buena la idea, está mal medida.

Francisco Palá.—Barbastro.—Se publicarán.

Blas Pérez y Cía, de Madrid; Gil Farrán, de Barcelona; Antonio L. Burgos, de Madrid.—Entran en turno sus trabajos.



**PARA COLEGIALES** Los trajes de mejor forma los hace y reforma más baratos que nadie, **PEDRO S. CIMARRA**, sastre práctico. ✱—✱  
**San Bernardo, 56, frente á la Universidad.**

**MAESTRAS**  
**OPOSICIONES PARA CÁTEDRAS DE NORMALES**  
(CIENCIAS Y LETRAS)  
**Y ESCUELAS PÚBLICAS**

—✱—  
**GRAN ACADEMIA DE ESCRIBANO**  
PONTEJOS, 1, 2.º IZQUIERDA

Con la cooperación de varios Doctores y Licenciados en Ciencias, Letras y Derecho, Profesores de Normales y Maestros por oposición, de las Escuelas públicas de Madrid.

Completa preparación en todas las asignaturas que comprenden los estudios de Maestra de 1.ª enseñanza.

Esta acreditada y conocida Academia no necesita de pomposos anuncios, pues goza ya de justo crédito.

**Honorarios adelantados: 30 PESETAS MENSUALES.**

*Horas para ver al Director: de seis á ocho.*

Para cualquier otro detalle, dirigirse á la Academia con sello para la contestación.

**EMULSIÓN IODO-TÁNICA**  
**MADEMOISELLE**

Es la única de aceite de bacalao con iodo y tanino que existe en el mundo y la más recetada por las eminencias médicas españolas ✱✱✱✱✱✱✱✱

**En todas las farmacias.**

**Para el centenario del Quijote**

El mejor regalo que puede hacerse á los niños es un ejemplar del  
**Quijote para los niños**

Un tomo de 512 páginas, con 52 grabados y encuadernación lujosa con cubierta al cromo, 2 pesetas y 2,50 en provincias.

Los pedidos, acompañados de su importe, al señor administrador de **ROSA Y AZUL**.

A Colegios y Corporaciones, descuentos en proporción al pedido.



**LA PRIMERA CASA EN CHOCOLATES**  
BARQUILLO, 30.—MADRID

Géneros ultramarinos y del país.—Especialidad en quesos y conservas.

LA MAS HIGIENICA LA QUE MEJOR PESA

**PAIDOTROFO**

ALIMENTO VERDADERO DE LOS NIÑOS

Sustituto del aceite de hígado de bacalao y de las emulsiones. Los supera en virtud terapéutica y es mucho más agradable.

De venta en todas las farmacias. Depósito en Madrid: Martín y Durán, Tetuán, 3, y Pérez, Martín, Velasco y Compañía, Mayor, 18.

**ADVERTENCIA** Tenemos algunas colecciones, muy pocas, encuadernadas del año 1904 (primero de la publicación de ROSA y AZUL) al precio de 8 pesetas en Madrid, y 8,50 provincias. Los que desean alguna, pueden pedirla á estas oficinas, acompañando su importe en libranzas de Prensa, del Giro Mutuo ó Sobre Monedero.

**Talleres de fotograbado**

DE LOS  
**SUCESORES DE E. PAEZ**  
Directo, línea, zincografía  
Precios sin competencia  
Quintana, 33.—MADRID

**LIBRERIA**

DE

**AGUSTIN SÁNCHEZ RODRIGO**

Casa especial para surtir á los colegios de libros de enseñanza. OBJETOS DE ESCRITORIO, MENAJE PARA ESCUELAS **SERRADILLA (Cáceres)**

Pidanse catálogos.

**MADRES** Existen cajas falsificadas de la *Denticina* que han imitado bien para sorprenderos, pero causan graves trastornos en las criaturas. La legítima, 8 pesetas.

Madrid: Sacramento, 2, farmacia.

**ESTÓMAGO** Las acedías, dispepsias, gastralgias, úlceras, diarreas, vómitos y cuanto revela malas digestiones se cura con *Perla Estomacal F. Moreno*. Conocida en todo el orbe. Caja: 3,50 pesetas (antes 10 reales).

Madrid: Sacramento, 2, farmacia.

**SASTRERÍA EL INFANTE**

Calle de Preciados, núm. 26  
NIÑOS



Preciosos trajes de 5 á 40 ptas. Gabanes novedad de 15 á 50. Rusos, gran abrigo, de 18 á 25. Cuellos novedad, chalinas, gorras y colección grandiosa en géneros para la medida.

PRECIO FIJO

**PASTILLAS** cloro-boro-sódicas **BONALD** — con cocaína —

Son insustituibles en la tos, ronquera, dolor de garganta, picor, aftas, sequedad, úlceras, granulaciones y afonía. Premiadas en varias Exposiciones.

**ELIXIR** antibacilar **BONALD**, de thioocol-olnaminavánálico-fosfo-glicérico

De acción segura en la tuberculosis, bronco neumonías crónicas, bronquitis, laringo-faringitis gripales, etc. Lo prescriben todos los médicos.

FRASCO, 5 PESETAS

**ACANTHEA** **BONALD**. Poderoso agente para combatir la *neurastenia*, 5 pesetas.

De venta en todas las farmacias y en la del autor, Núñez de Arce (s. Gorguera), 17, Madrid